

Milton Godoy Orellana

Mundo minero y sociabilidad popular en el Norte Chico. Chile, 1780-1900

Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Instituto del Patrimonio de la Universidad Arturo Prat y Les systemes miniers dans le desert d'Atacama, CNRS, Francia. Santiago, 2017, 389 pp. ISBN 978-956-9217-10-41

Milton Godoy es uno de los historiadores chilenos que con propiedad representa a la generación intermedia entre los maestros de mediados del siglo XX y la nueva generación formada en los últimos años. En plena madurez intelectual, su frondosa producción sobre el Norte Chico refleja sus progresos en el ámbito de una historia regional novedosa que tímidamente iniciaran hacia los años 1950 Álvaro Jara, Mario Góngora, Marcello Carmagnani, Sergio Villalobos y Mateo Martinic, entre otros. Anteriormente, en pleno siglo XIX, Benjamín Vicuña Mackenna en sus libros sobre el oro, la plata, el cobre y el carbón había incursionado en una historia semejante, referida precisamente al espacio geográfico que interesó a Godoy, al tiempo que varios cronistas locales de Copiapó, Huasco, La Serena, Ovalle, Illapel y La Ligua, aportaban noticias muy interesantes de una zona que tanto entregó a nuestra economía en la fase de formación del Estado y la nación. Por otra parte, la sólida formación académica de Godoy, lograda en programas de postgrado en Chile, Ecuador y Francia, pulieron al joven estudiante que a comienzos de los años 1990 cursara la Maestría en Historia en la Universidad de Santiago, cuando, comprometido con el pasado del valle de La Ligua, que lo vio crecer, mostraba el interés por su pasado que lo llevó a convertirse en el historiador que destaca en nuestros días.

Mundo minero y sociabilidad popular en el Norte Chico. Chile, 1780-1900 reúne una serie de trabajos, publicados e inéditos, que abordan distintos aspectos de una historia regional renovada, que busca explicar procesos y establecer relaciones que resultan claves para mostrar las distintas esferas en que se mueven nuestras vidas. Tal como señalo en el prólogo que redacté para este libro, base de esta reseña, en el marco de una historia estructural, este modo de asumir el trabajo de historiador es una de las cuestiones que separa al simple cronista, por valiosos que sean sus aportes, del historiador profesional formado conforme a las exigencias que hoy establece la academia.

El libro se inicia con una introducción que resume el sentido del libro y describe brevemente lo medular de cada capítulo, para continuar luego con lo que podría ser el primer capítulo, *La enterrada república de los metales. Historiografía minera del Norte Chico decimonónico: un análisis bibliográfico. Chile, 1995-2015*. En éste, Godoy hace un exhaustivo análisis de la producción historiográfica sobre el Norte Chico de los últimos 20 años. Aunque trata de mantenerse en los márgenes temporales y espaciales que declara, en algunos casos los excede en una doble dimensión, al referirse, en primer lugar, a obras que anteceden al período 1995-2015 y, en segundo lugar, a una historia nacional con la cual el Norte Chico mantuvo y mantiene diversos vínculos. Sorprende en todo caso, su amplio conocimiento de la historiografía regional y sus esfuerzos por relacionar esta historiografía con los ciclos históricos posibles de identificar en la misma región. Mención aparte merecen sus reflexiones sobre las ausencias o deudas que se pueden detectar.

La primera tiene relación con el carácter monográfico de la mayoría de los estudios más recientes. Al centrarse en temas muy específicos, impiden se puedan combinar los análisis de procesos de larga duración con las coyunturas que afectan a los anteriores. Godoy invita

a profundizar un debate acerca de cómo enfrentamos nuestro trabajo cuando los procesos históricos tienden a acortarse y los cambios a precipitarse. Si a esto agregamos el interés que se le brinda a la minería del oro, la plata y el cobre, terminamos postergando los estudios sobre el impacto del salitre y el guano, cuya explotación en el Norte Grande fue clave para entender los cambios que se producen cuando se agotó la plata o cayeron sus precios. En este mismo sentido, creo que aún no se ha hecho un estudio a fondo del impacto de la crisis de 1857, que lanzó a empresarios y trabajadores del Norte Chico hacia territorios en ese tiempo bolivianos, dando origen un ciclo histórico muy distinto al anterior.

En segundo lugar, Godoy llama la atención sobre la ausencia de estudios que relacionen la salud con el trabajo en la minería. Luego del libro del Dr. Joaquín Morales, *Higiene Práctica de los Mineros*, publicado en 1893, son escasas las investigaciones que siguieron su huella, generando un vacío y una deuda aún pendiente. Lo mismo ocurre con la participación de las mujeres y la mano de obra indígena en el trabajo minero y de la relación de las comunidades o pueblos de indios con las empresas asentadas en las inmediaciones de sus tierras. Sobre este punto, Carmagnani formuló una hipótesis en su libro *El Salariado Minero*, que tampoco se siguió profundizando. Según este autor, la conducta “desarreglada” de los peones, mestizos en su mayoría, se debió a la preferencia del empresariado colonial por la mano de obra indígena, supuestamente más disciplinada, transformando a los peones en sujetos “desfuncionalizados” que respondieron con esa conducta al rechazo que percibieron de la sociedad en la cual se desenvolvían. ¿Qué ocurrió en el siglo XIX? Autores como Álvaro Jara y Julio Pinto señalaron que en el Norte Chico no se logró el disciplinamiento de la mano de obra que requiere el capitalismo, provocando consumos desviados que impidieron su consolidación y un disciplinamiento que concluyó en el Norte Grande cuando la economía chilena se vinculó más estrechamente al capitalismo inglés. Sobre el papel de las mujeres es lamentable que sepamos poco, a pesar de los testimonios dejados por viajeros y cronistas y la amplia información posible de rescatar en los archivos judiciales. También olvidados, agrega Godoy, han sido los pequeños mineros y pirquineros, personajes típicos de la región. Por último, llama la atención sobre la necesidad de debatir acerca de los enfoques que debemos hacer respecto de su relación con quienes manejaban los poderes económicos y políticos. Su relación con ellos, mediatizada por lo que llama “paternalismo industrial”, para contrastarlo con el “paternalismo burocrático”, más propio del siglo XX, Godoy sugiere en su libro un debate para quienes ejercemos el oficio de historiador.

Algunos de los temas que Godoy deja planteados en la primera parte de su libro los desarrolla en los capítulos siguientes. En el segundo, “Minería popular y estrategias de supervivencia: pirquineros y pallacos en el Norte Chico, 1780-1950”, profundiza estas prácticas laborales que fueron, más bien, de sobrevivencia cuando el trabajo estable escaseaba y lanzaba a los pequeños mineros a escarbar el monte para extraer de manera muy rudimentaria la riqueza empobrecida de vetas que se agotaban. Eran trabajadores marginales y precarios, dice Godoy, que encontramos no solo en Chile, sino en toda América Latina. Sin embargo, a pesar de la admiración que despiertan, habría que reconocer que causaron enorme daño a la minería al recorrer túneles sin precaución, provocando desprendimientos que clausuraron definitivamente muchas faenas. La minería tiene sus reglas y sus leyes y no seguirlas provoca derrumbes que “ahogan” la mina. En todo caso, cuando el precio de los minerales caía y se abandonaban los trabajos, los pirquineros contribuyeron a mantener viva la minería y a aportar recursos para la región y el país a través del acopio que hacían de los minerales recogidos en las faenas abandonadas.

Tan interesante como los capítulos anteriores resulta “Tras la huella minera del Chile decimonónico: Francisco Marcial Aracena y su periplo por las tierras del cobre y el carbón, 1878-1883”, que da cuenta del recorrido que hizo a la zona Francisco Aracena y su visita a los minerales de Lota, cuyos vínculos con el Norte Chico se sostuvieron en el carbón que los mineros del cobre buscaron en la región de Concepción. Aracena, gran conocedor de la zona, ofrece una radiografía de la minería del cobre de enorme valor. Su viaje lo hizo, además, en una de las etapas de mayor esplendor de esa minería. Quien desee profundizar sus conocimientos sobre esta materia no puede pasar por alto un trabajo como el de Aracena, tan valioso como los testimonios de Charles Darwin, Claudio Gay, Ignacio Domingo, Diego de Almeyda, Rodulfo Amando Philippi y Jorge Chateau. Todos estos pobladores o visitantes tuvieron una particular sensibilidad para plasmar en sus páginas evidencias de la vida económica, laboral, social, política y cultural de una región que tuvo un desarrollo muy particular. A pesar de las dudas de Godoy, los viajeros serán siempre una fuente de inspiración para los historiadores.

La minería formaba parte de una amplia red de negocios que involucraba a casi toda la población de la zona. Su punto de partida era la faena misma, de la cual se extraían los metales que se enviaban, a través de los arrieros, a fundiciones que los preparaban para su exportación. En estas labores intervenían barreteros, apires y peones que acopiaban en los patios exteriores lo que la montaña producía. Los trabajadores de las haciendas no estuvieron ausentes. Se estableció una estrecha relación entre el agro y la minería, sostenida en los alimentos que producía la agricultura, el vino que se consumía en las placillas y el refugio que brindaba a los peones que hacían fuga de sus faenas. Surgió, así, una solidaridad espontánea, hasta cierto punto de clase, que unió la vida de los campesinos con la de los peones de minas.

Esta larga red concluía en los puertos por los cuales salían los minerales. Desde Chañaral al sur brotaron puertos locales o menores, que dieron vida a una actividad que sorprendió a los viajeros por la destreza de los boteros que se acercaban a la playa a cargar los minerales y depositarlos en las naves. Pero, más allá de los cuadros pintorescos que recrearon los viajeros, se encerró otra trama: la suerte de puertos que no sobrevivieron o no alcanzaron la importancia de otros. A través del puerto de Papudo, Godoy da cuenta de los conflictos locales provocados por los intereses de propietarios de tierras, dueños de bodegas y arrieros que hicieron sucumbir al puerto. La tardía intervención del Estado fue el golpe de gracia que los asfixió más adelante.

Las devociones religiosas acompañaron siempre a los pobladores del Norte Chico. Hasta el momento, las festividades marianas han sido las que más han llamado la atención. La fiesta de la Candelaria en Copiapó, de la Virgen de Andacollo en el pueblo del mismo nombre, de la Virgen de la Piedra en Combarbalá y de la Virgen del Palo Colorado, un poco más al sur, han dado origen a una serie de estudios que se refieren a la relación entre los pobladores de la zona y la figura de una virgen protectora que los auxilia en los momentos difíciles de la vida. Fruto de un sincretismo religioso, que desplazó al cristianismo doliente y castigador que llegó con el español del siglo XVI, dio paso a una religiosidad festiva que se convirtió en tradición. En este entorno, las iglesias, patrimonio arquitectónico que hoy tratamos de resguardar, se convirtieron en repositorios de la memoria, que acumularon recuerdos que se convirtieron en historia. Godoy aprovecha la posibilidad de rastrear a través de la iglesia de Petorca la historia de la ciudad, expuesta permanentemente a los terremotos que la asolaron con frecuencia.

“Minería y Sociabilidad Popular en la Placilla de Ligua. 1740-1800”, capítulo con que se cierra el libro que estamos reseñando, es de un evidente interés para la historia social. Las placillas en el Norte Chico y las “villas alegres”, en la zona central, eran los lugares de esparcimiento en los cuales se recreó la sociabilidad popular hasta que las empresas de verdadero sello capitalista y el propio Estado acentuaron su rol disciplinador.

En estudios anteriores al libro de Godoy se ha señalado que la vida de los trabajadores del Norte Chico transcurría en tres ámbitos: la faena propiamente tal, la placilla y las haciendas en las cuales laboraban o se refugiaban cuando escapaban de sus lugares de trabajo.

El trabajo en la faena era extraordinariamente severo. Viajeros e historiadores dejaron constancia de la aspereza de estas labores. En parte, los peones escapaban de esta dureza construyendo verdaderos “paraísos artificiales” en las placillas que surgían en los alrededores de las faenas. Hombres y mujeres se reunían el séptimo día o durante las “fiestas de guardar” para dar rienda suelta a prácticas sociales en las cuales el consumo del vino, los amores clandestinos, la violencia y los vínculos de amistades que perduraban en el tiempo, ayudaban a suavizar los rigores del trabajo. Lo mismo ocurría en las haciendas, donde las condiciones de vida eran mejores que en la mina.

A través de un relato que se lee con facilidad, Godoy recrea estos rasgos más característicos de la población del Norte Chico, combatidos por los empresarios y autoridades por el daño que provocaban a la faena los trabajadores alcoholizados que volvían los lunes sin las fuerzas necesarias para producir lo que se esperaba de ellos. Sin embargo, la población era escasa y la falta de mano de obra los obligaba a mantener las placillas para evitar que hicieran fuga de las faenas. Eran los “límites al desenfreno”, en palabras de Milton Godoy.

El libro concluye con algunas notas sobre la “Visita de don Martín Toribio de Mujica a los Minerale del Norte hasta la Jurisdicción de Petorca”, realizada entre 1807 y 1808, seguida de la transcripción del mismo documento.

Sin duda, el libro de Milton Godoy es un verdadero aporte a la historia regional. En primer lugar, por los avances del conocimiento que transmite apoyado en sus propias investigaciones y en los trabajos de otros historiadores que conoce acuciosamente. En segundo lugar, por los vacíos que detecta y por la invitación al debate sobre temas que los historiadores chilenos necesitamos discutir. Por último, por la originalidad de sus planteamientos, sobre todo en lo relativo a la sociabilidad que surgió en torno a la minería.

Sin desmerecer lo anterior, hay, sin embargo, aspectos, que se expusieron pero que requieren profundizarse. Como se ha dicho, la economía regional y su sociabilidad se desarrollaron a partir de las conexiones que se produjeron entre las distintas actividades que se desplegaron en la zona: la minería, la agricultura, el transporte, el comercio y la artesanía. El comercio, por ejemplo, fue clave para sostener la actividad minera, sobre todo cuando los mercaderes se transformaron en prestamistas o “aviadores” que hicieron posible la puesta en marcha de muchas faenas. Fueron estos prestamistas lo que terminaron apropiándose de algunos minerales, en los cuales iniciaron un precoz proceso de modernización al vincularse a agentes extranjeros interesados en el cobre en la fase inicial de la Revolución Industrial.

Tampoco se puede entender la minería sin el aporte de los arrieros encargados de trasladar los metales a las fundiciones y puertos de embarque. En ambos casos, se trató de sujetos que matizaron una compleja sociedad en la cual los mineros eran un grupo más. Lo mismo ocurría con los campesinos que vagaban por los valles trabajando indistintamente en las faenas que les ofrecían oportunidades laborales.

Parte de este mundo empieza a derrumbarse cuando la economía salitrera del Norte Grande los separó de sus tierras y los llevó, en este constante deambular, hacia lugares más lejanos. Habitualmente volvían a la tierra, confirmando este carácter itinerante de los trabajadores del Norte Chico.

El libro de Milton Godoy cumple con largueza lo que se espera de un buen libro de historia. Producto de un trabajo incesante, se suma a los de tantos historiadores locales, algunos con formación académica, que dan cuenta de la hermosa y, a veces, dolorosa historia, que encierran los valles que corren desde la Cordillera al mar, llamado por quienes nacimos allá, “El Norte Chico” de Chile.

JORGE PINTO RODRÍGUEZ
Universidad de La Frontera